

SE AUMENTA EL SUELDO

Al gobierno franquista no le ha bastado la burla del aumento de salarios a los trabajadores, sino que la agravó aumentando los de sus funcionarios, militares y fuerzas armadas en algunos casos en un 80 por ciento. Por decreto-ley acaba de aumentar los haberes del Tercio a pesar de la liquidación de Marruecos. Es más, el mismo caudillo no ha querido ser menos: éste se ha aumentado su propio sueldo en el doble aspecto de gastos representativos.



CNT

Portavoz
de la CNT
de España
en el
EXILIO

HEBDOMADAIRE autorisé par le Ministère
de l'Information en date du 3 mars 1946
Direc.: J. PEIRATS — Administ.: VALERIO MAS

N.º 585 - II EPOCA - Precio: 20 Frs
Toulouse 15 Julio 1956

GIROS: «CNT» hebdomadaire, C.C.P. 1197-21
TOULOUSE (Haute-Garonne)
Redac. y Administ.: 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

LOS NIÑOS DE RUSIA

La prensa publica un despacho de Moscú informando que, estas últimas semanas, el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético ha extendido centenares de pasaportes para otros tantos refugiados españoles de los que la mayor parte regresan a España y algunos irán a México. En su mayoría, según precisa un despacho de la agencia Reuter se trata de súbditos españoles que eran niños cuando llegaron a la U.R.S.S., durante la guerra civil de España.

MARCHA FUNEBRE

ERA un 23 de enero de 1930 frío y gris. Por el portalón de Palacio se abría paso, por un grupo de periodistas, la curia silueta del general Primo de Rivera. Acompañaba al dictador su ayudante, un arrogante oficial de Caballería. Acababa el presidente del Consejo de despachar con el rey. Los representantes de la prensa madrileña iniciaron el gesto mecánico de inclinación ante el dictador. Los periodistas de Estella, sombrío, taciturno, su torpe andar, sus manos enfundadas en el abrigo militar, sus ojos tristes, su rictus de amargura, clavó en su sitio a los periodistas. A la pregunta apuntada por uno de los plumíferos respondió aquél: «¿Novedades? Aténgase a mi última nota.» Los informadores, quedaron a distancia. Algunos giraron en redondo dando la espalda a la escena. Otros insistían una tenue sonrisa. Los informadores gráficos impresionaban con avidez una placa histórica. La dictadura, que había comenzado el 23 de septiembre de 1923, había terminado.

La inmoraltad a todo trapo, ni ventas e hipotecas del país al voraz capitalismo extranjero.

La historia, bien que agravada, se ha venido repitiendo bajo el signo de la bota militar de Franco. Una y otra dictadura conocieron su orto, su cénit y su ocaso. Una y otra fueron disolviéndose con el tiempo en el ácido corrosivo del pueblo. Perdió el miedo, el chiste descarnado, la chacota, la indiferencia mortificante, el sabotaje lento, la huelga, la demostración callejera, la insubordinación, han ido reblandando, diluyendo la autoridad y sus fetiches.

Un pueblo es siempre un poso de valores permanentes. Un pueblo es siempre un contenido capaz de rebasar todos los continentes. En el pueblo perviven las fuerzas indomitas de la Naturaleza ante las cuales se quiebran las frágiles estructuras de régimen, de Estado y de Gobierno.

Se puede desviar a un pueblo como se desvia un río. Pueblo o río volverán por su viejo cauce, por su lecho madre. Los regímenes pasan; los pueblos quedan.

El régimen franquista atraviesa por la fase crucial de su decadencia. El pueblo ha perdido sus aprensiones y el régimen su autoridad. El divorcio entre pueblo y régimen es completo. Queda abierto el paréntesis de las defecciones en los aleados del tirano. Sus amanuenses y escribas, así como sus sayones, se prestan a arrimarse al sol que más caliente. Se perciben cuchicheos, se establecen enlaces, las órdenes se obedecen con desmayo, se pega sin convicción. Se grita y manotea solamente. El grito histórico, el desplante bravo, ciera en las dictaduras la marcha de su propio cortejo fúnebre. Nada más cavernoso que el trasnochado desplante de un tirano agonizante.



La víspera, como en la antevíspera, como todos los días de tantos meses y tantos años, la nota oficiosa de la Presidencia, una especie de «gaceta» particular, rebozaba euforia, amenazas, promesas de larga vida, endechas a la sal y belleza de la mujer española, rociado todo con Jerez, coñac Domecq y champaña. Leyendo aquel menú cotidiano servido por el gabinete de Prensa, el régimen se auguraba temple y solidez monolítica. La última nota era una escuela funeraria. El dictador había caído en barrena.

Días después, las puertas de la frontera, las mismas que habían llevado al dictador a Italia, a cierto conciliábulo celebrado en el Quirinal, se cerraban para siempre tras el cabizbajo y meditabundo general. En un hotel de París, solo con sus decepciones y remordimientos, exhalaba, como vapor alcohólico, su turbia alma el espíritu marqués de Estella, susurrando ingratitudes de tanto criollo.

La dictadura tomara por cabeza de turco la corrupción parlamentaria y el caos social. Los partidos políticos fueron dispersados en aras de la unidad nacional. El Parlamento clausurado. Harían sus veces la Unión Patriótica y la Asamblea Nacional. Las ayuntamientos constitucionales fueron suprimidos. En adelante los alcaldes lo serían por real orden. Los concejales por nepotismo quimicaban puro. La legislación más apremiante, la llamada a alimentar las cajas del tesoro con volátiles presupuestos, sería reforzada con maquinaciones plebiscitarias «sui generis».

Las organizaciones obreras fueron cortadas según el patrón fascista de la hora. La lucha de clases quedó suprimida por decreto. La huelga conceptualizada ilegal. Los infractores punibles con cárcel. La crítica enmendada a una rígida censura que no excluía la persecución judicial.

El actual sistema franquista no ha tenido que inventar nada. La Falange, el partido único, es copia corregida y aumentada de aquella Unión Patriótica mixtura de oportunistas y panaguados. Las «Cortes Españolas» doble de aquella Asamblea Nacional. Los Sindicatos verticales hechura de los Comités Paritarios. La legislación social de Franco imagen del corporativismo riverosero. Por no inventar la Cruzada ni siquiera inventó el plebiscito, ni los monopolios, ni las franquicias, ni los escándalos, ni los discursos hinchados de paternalismo, ni

LA INSURRECCION POLACA

A las siete de la mañana se habían reunido 30.000 maquinistas y similares de las factorías metalúrgicas enclavadas en los arrabales de Poznań. Tres semanas antes, pretextando escasez de los sueldos en un 30 por ciento. Los afectados destacaron una delegación a Varsovia para hacer la debida reclamación a los directivos comunistas. Desesperanzados por el resultado adverso se decidieron a declararse en huelga. Una imponente manifestación, formando ordenadamente en traje de trabajo, se dirigió hacia el Ayuntamiento. Durante el recorrido invitaban los mani-

festantes a otros trabajadores a sumarse a la huelga. Un dirigente comunista trató de cerrarles el paso con arengas trasnochadas desde un autoparlante. Un grupo de jovencitos zarandeó al orador. La manifestación propiamente dicha no intervino, ni tampoco los guardias allí apostados.

De pronto cundió el rumor de que la delegación que tramitaba la demanda había sido encarcelada. La demostración pacífica se convirtió en motín. Tres coches de policía fueron sometidos y desarmados los ocupantes. Los amotinados se dirigieron a la cárcel con el propósito de liberar a sus re-

presentantes. No encontraron allí a los que buscaban pero sí a abundantes presos políticos a quienes liberaron, quemando al mismo tiempo los registros del establecimiento.

Seguidamente dirigieron sus pasos hacia la jefatura de policía, donde fueron recibidos con mangas de riego seguido de nutrido fuego. La primera víctima fue un joven de 16 años. Con la sangre del muerto fue empapada una bandera polonesa. Se entonaron canciones a la Polonia libre. ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! rezaban las estrofas.

Los amotinados tomaron posiciones de cerco al centro policíaco. Se replicó al fuego de los guardias hasta que éstos se replegaron. Se levantaron barricadas y se interceptaron pistas y líneas férreas. La estación de radio fue inutilizada.

Se celebraba aquellos días una feria internacional en Poznań. La ciudad se hallaba repleta de extranjeros. La bandera del pabellón soviético fue arrancada al grito de ¡Abajo los comunistas! ¡Qué se vayan los rusos!

A las cinco de la tarde, empezó a percibirse el rodar de los tanques y carros de asalto. No menos de 46 entre unos y otros. Desde ellos, se abrió fuego de cañón y ametralladora contra los amotinados. Empezó la matanza. Empezaron a llegar camiones repletos de soldados. Uno de los soldados fue muerto por un oficial por negarse a disparar contra los manifestantes.

Durante toda la noche, la ciudad fue sacudida por el tableteo de las ametralladoras y las explosiones. Las ambulancias se abían paso penosamente en el campo de batalla. Los dirigentes comunistas lanzaban amenazas de represión implacable por los altavoces. Con el alba cesaba la resistencia. Oficialmente se cifran las bajas en 48 muertos y 270 heridos. El correspondal del «Time», de Nueva York, afirma haber contado 50 muertos en uno solo de los diez hospitales de Poznań.

Los extranjeros abandonaban la ciudad después de los sangrientos hechos, obligados a evacuar por entre un cor-

LA REINA Y MANOLO

CUANDO aquel moicito entraba en la Villa y Corte de Madrid cierta mañana de primavera del año 1784 estaba muy lejos de suponer la suerte que le esperaba. Un porvenir que sólo imaginar le hubiese parecido delirio insano. El joven se llamaba Manuel Godoy y Alvarez de Faria y procedía del pueblo de Castuera, provincia de Badajoz.

En ese lugar había nacido en 1767 —dos años antes que Napoleón— hijo de una familia de hidalgos de más don que din, aunque desde luego no logró acreditar el número de cuarteles necesarios para obtener carta de nobleza, por lo cual no podía aspirar a la charretera de alférez. Su intención era más modesta: ingresar como empleado en una covachuela.

Verdad es que su hermano mayor, que había llegado a Madrid, como él, en plan de pelagatos, era a la sazón oficial del Real Cuerpo de Guardias de Corps. Pero aquello fue una cosa excepcional. Lo quiso la reina. La soberana, caprichosa de suyo, se fijó un día en el soldado que hacía centinela en una de las puertas del palacio de Aranjuez y habiéndola placido la estampita del mancebo le invitó a merendar con ella y unas amigas sobre la verde hierba.

Después de la merienda—que fue retonzona y sabrosa—no le invitó a cenar, pero le envió con una camarista no se sabe qué recado urgente relacionado con el mejor servicio del rey. Una semana después Godoy el Mayor era nombrado alférez de Guardias de Corps.

Pero el favor de la reina no le duró mucho. Apenas transcurrido un mes, Godoy el Mayor quedó desbancado por el torero Pepe Hillo y éste, a su turno, por el marqués de Pignatelli de Aragón, al cual substituyó pronto un fraile de El Escorial. A este religioso se le atribuyó andando el tiempo la paternidad de Fernando VII, paternidad que si acaso no lo fue merecida serlo. Al cogulla le reemplazó... Pero no es cosa de hacer el censo de casi todos los vassallos de Sus Maestades comprendidos

entre los quince y los sesenta años de edad. Y hasta un poco antes y un poco después...

Manolo Godoy encontró un puesto de hortera en una tienda. Pero su hermano, que ya era teniente, no consintió semejante descenso familiar y rogó a la reina que le hiciese a Manolo un hueco entre los Guardias de Corps. Y la reina accedió.

Acababa de cumplir el muchacho dieciocho años de edad. Siete más tarde, el día en que festejaba sus veinticinco, era las siguientes cosas: generalísimo del ejército español; gran almirante de la Armada; duque de Alcudia, de Sueca, de Bassano; Grande de



España; príncipe de la Paz; caballero del Toisón de Oro y ministro universal de la monarquía. Poseía las más altas condecoraciones nacionales y extranjeras y de riquezas una enormidad: tierras, quintas, palacios, arcas llenas de oro y piedras preciosas. Además se había casado con una infanta que le soportaba previamente al novio, un hermano del rey de Nápoles. La señora de Godoy era María Teresa de Borbón, sobrina de Carlos IV, la cual, si como

mujer era una birria, como pantalla para encubrir los amores de María Luisa y Godoy resultó estúpida.

LA «SANTISIMA TRINIDAD»

«¿Cómo explicar tan fabulosa fortuna? ¿Qué varita mágica la había producido? No fué varita sino cetro. El rey, a instancias de su mujer, María Luisa de Parma, fué colmando una tras otra las ambiciones del favorito, quien en todos los terrenos era un insaciable.

Es el caso que María Luisa se había enamorado perdidamente de Godoy y que el monarca, la testa coronada más célebre de su tiempo—y no por sus luces—era dócil instrumento en manos de su mujer.

El talento fundamental de Manolo, como le llamaban los soberanos, consistía en tener una figura arrogante (un poco de cargador de baúles, según el retrato de Goya) y una fisonomía atractiva, amén de ojos de odaliscas. Sus ojos claros, cínicos, truhanescos, causaban estragos entre las damas de la Corte. María Luisa llevaba diecisiete años de edad a su amante y era más bien fea «pero de buena pinta».

La pasión de la reina por el favorito fué auténtica y grande. Lasciva y coqueta desde su infancia esta Borbón ninfomaniaca había tenido numerosos amantes e infinidad de aventuras con unos y con otros; pero amor verdadero, del corazón y de los sentidos, sólo hubo de experimentarlo por Manuel Godoy. Esto le redime como mujer y hasta la dignifica. En momentos de prueba supo llegar al nivel heroico de las grandes enamoradas. Además, dado el negocio integral que le correspondió por marido: ¿qué iba a hacer la pobre? Obligación suya era engañarle. Y en este aspecto hay que confesar que fué esclava de su deber.

Por su parte Godoy nunca estuvo enamorado de la reina. Sin embargo, la quería a su manera, probablemente a base de un sentimiento de gratitud, noble afecto del ánimo que no se desmintió en el transcurso de los años, ni entibió la ruina de María Luisa y su inutilización como dispensadora de honores y privilegios.

María Luisa era celosa y como su amante le daba muchos motivos para serlo, tuvieron a veces serios disgustos que llegaban hasta la ruptura de relaciones. Ella se enfurecía; Manolo no la hacía caso y arrebata en sus achaques. Entonces solía intervenir su Majestad el Rey para reconciliarlos y es fama que siempre lo consiguió.

En fin, todo hubiera ido bien para la Santísima Trinidad como María Luisa llamaba al tríptico constituido por ella misma, su amante y su marido, si los tiempos en que les tocó vivir no hubiesen sido tan poco propicios para la paz de los hogares.



—¡Eso no es nada, hijita! ¡Tenías que haber visto en la otra zona cuando nos ayudaban los nazis!

Gran Mitin en París

El próximo 22 de julio, a las 10 de la mañana, en la sala Wagram, la Federación Local de la C.N.T. celebrará un mitin de conmemoración del XX aniversario de la Revolución española.

En el mismo tomarán la palabra los siguientes compañeros:

- ANDRES CAPDEVILA
- MAROLOVESKI
- (de la C.N.T. Búlgara)
- GASTON LEVAL
- y un orador por la C.N.T. Francesa

(Pasa a la página 4.)

(Pasa a la página 4.)

